

La aproximación sensocomunista de Thomas Reid al tema de los colores

José Hernández Prado
Departamento de Sociología
Universidad Autónoma Metropolitana-Azcapotzalco
johprado@mexis.com

Aquello que las personas comunes y corrientes sabemos en la actualidad acerca de los colores es, por ejemplo, lo que expone la Wikipedia de Internet —tanto en lengua inglesa como española; véase 2009a y 2009b—, cuando señala que los colores son, en esencia, resultado de una relación entre el espectro electromagnético de la luz que reflejan o irradian los objetos, medido en longitudes de onda y en terahertz, y los fotorreceptores o conos y bastones celulares de la retina ocular en los seres humanos y los animales dotados de sentido de la vista. Por mencionar dos casos: el color rojo, en sus distintas tonalidades, tiene un intervalo de longitud de onda de entre 700 y 635 nanómetros y un intervalo de frecuencia de entre 430 y 480 terahertz; y el color verde, un intervalo de longitud de onda de entre 560 y 490 nanómetros y uno de frecuencia de 540 a 610 terahertz. En cuanto a los fotorreceptores de luz, los colores varían de acuerdo con las condiciones lumínicas y el sentido de la visión en las diferentes especies. Con muy poca luz vemos todas las cosas «en

blanco y negro». Los perros, los gatos y los delfines no ven exactamente los mismos colores que los humanos. Las especies animales que cuentan con percepción visual captan de la realidad aquellas variaciones de luz y de coloración que son capaces de recoger con sus respectivos órganos de la vista.

Si se le denomina *aspecto objetivo* a la física de los colores y *aspecto subjetivo* de los mismos al complejo tema de su percepción visual, resulta factible afirmar que en el ámbito científico y filosófico europeo, a partir del siglo XVII, una primera y muy clara tendencia fue la de negar y rechazar el aspecto objetivo de los colores, para proponer que ellos eran propiamente irreales; que carecían de realidad objetiva. Entonces comenzó a hablarse del color como de una simple sensación, una mera «idea» o elemento mental o una «cualidad secundaria» de los objetos físicos, en rigor ilusoria, y se insistiría de manera aplastante en el aspecto subjetivo del color. Sin embargo, hubo un filósofo ilustrado que en la segunda mitad del Siglo de las Luces supo distinguir y ponderar de un modo visionario y muy equilibrado los aspectos subjetivo y objetivo de los colores que vemos. Fue el escocés Thomas Reid (26 de abril de 1710 - 7 de octubre de 1796), quien se distinguiría en sus días como un reivindicador del sentido común humano y como alguien que buscó hacerlo compatible con la labor científica y filosófica. Reid pasaría a la historia como el fundador y más notable representante de la llamada Escuela Escocesa del Sentido Común y como uno de los autores capitales de la moderna filosofía del sentido común en general.

Sobre todo, Thomas Reid haría una importante labor epistemológica en sus libros *An Inquiry into the Human Mind on the Principles of Common Sense*, de 1764, y los *Essays on the Intellectual Powers of Man*, de 1785 (ver Reid 1997 y 2002). En

sendos fragmentos de estos dos libros, abordó expresamente el asunto de los colores y de las llamadas «cualidades secundarias» de los cuerpos. Allí efectuaría consideraciones que lo destacan ahora como un autor que superó con mucho los horizontes filosóficos de su propio tiempo y que se adentraría con facilidad y con éxito en los del nuestro. El objetivo de este artículo es, por lo tanto, presentar y evaluar ambas reflexiones reidianas, a fin de extraer de ellas ciertas conclusiones —tres, para ser exactos— que pongan de manifiesto no sólo cómo es que Reid tomó en cuenta los aspectos objetivo y subjetivo de la coloración de los objetos, prefigurando con ello las concepciones actuales en torno a dicha temática, sino además cómo fue que señaló con nitidez y gran tino algunos equívocos en los que incurría, a su juicio, la filosofía natural y epistemológica de su época.

I. El tema del color en *Una investigación de la mente humana, según los principios del sentido común*

En la Sección IV, «El color es una cualidad de los cuerpos, no una sensación de la mente», del Capítulo Sexto, «De la vista», de su *Investigación...* de 1764 (ver 1997; 85-87), Thomas Reid comenzaría llamando la atención sobre el hecho de que las personas que no han sido educadas en la filosofía moderna, no entienden por la palabra «color» una sensación mental y algo que deje de existir cuando no se le percibe, sino una cualidad o propiedad de los cuerpos que continúa siendo la misma, a pesar de que no se la capte de manera visual. La rosa escarlata que tengo frente a mí, decía Reid, es todavía escarlata aunque yo cierre mis ojos y también cuando es de noche, está oscuro y me es imposible verla.

Si miro aquella rosa escarlata a través de unos anteojos verdes, su apariencia se alterará ligeramente, pero no consideraré por ello que el color de la rosa haya cambiado en realidad. Todo grado diferente de luz hace que las apariencias de las cosas se modifiquen y la total ausencia de luz suprime por completo esas apariencias —aunque no las cosas mismas—, pero jamás supondríamos que todas esas circunstancias cambien en verdad el color de las cosas.

Es posible, mediante una variedad de experimentos ópticos, alterar la apariencia de la figura y las magnitudes de los cuerpos. Podemos lograr que un cuerpo se vea más ancho o que parezca que es en verdad diez cuerpos y no solamente uno, afirmaba Reid. Pero nunca pensamos que dichos experimentos modifiquen a los cuerpos mismos, como no consideraríamos que, por efecto de ellos, «una guinea» se nos convierta en diez o una moneda de «un penique» en una de una libra esterlina.

En resumidas cuentas, el lenguaje ordinario muestra a cabalidad que debemos distinguir entre el color de un cuerpo, el cual es concebido como una *cualidad* fija y permanente en el mismo, y la *apariciencia* de aquel color ante la vista, apariencia que varía de mil formas, conforme a la luz, las condiciones del medio ambiente o los ojos mismos. Entendemos, concluía Reid, que el color permanente en el cuerpo es la *causa* que produce como *efecto* una diversidad de apariencias. John Locke llamaría con total propiedad a esta apariencia una *idea*, porque dicha idea o apariencia carece de existencia si no es percibida.

La constitución de nuestra naturaleza, agregaba Reid, nos conduce a pensar que dicha idea es un *signo* de algo externo a nosotros; un signo del cual queremos saber su significado. Los niños tienen numerosísimas experiencias de esta

clase antes de alcanzar, inclusive, el «uso de razón». Ellos observan las cosas desde diferentes distancias, las manipulan, las ponen en posiciones distintas y las aprecian desde variadas condiciones de luz. Las ideas así obtenidas, o bien las apariencias que constatan los niños con su visión, les sugieren cosas externas que quedan entonces asociadas a tales apariencias o ideas y que se consideran diferentes de ellas.

Lo que es factible llamar *apariencia del color* sugiere entonces la concepción de y la creencia en una *cualidad* desconocida en los cuerpos, que ocasiona aquella idea o apariencia, y es a esta cualidad y no a la apariencia a lo que denominamos *color*. Cuando pensamos en, o hablamos de, un color en particular, apuntaba Reid, tenemos una noción compleja que envuelve tanto a un efecto conocido —la apariencia—, como a una causa desconocida —la cualidad—. El nombre del color pertenece en rigor a la causa, a la cualidad, y no al efecto, a su apariencia ante la visión. El color no es entonces una mera sensación, sino una cualidad de las llamadas «secundarias» en los cuerpos. El color es una propiedad de los cuerpos que exhibe ciertas apariencias y éstas no reciben propiamente un nombre, sino que comparten el de la cualidad.

Concluía Reid esta Sección IV del Capítulo Sexto de su *Inquiry*, afirmando que el color difiere de otras cualidades secundarias precisamente en esto: mientras que en otros casos se aplica el nombre de la cualidad a la sensación que la sugiere —el sabor a o del limón, la textura suave de la seda o el olor a o de rosas—, nunca se le da el nombre de un color a la sensación de ver ese color, sino a la cualidad objetiva que provoca aquella sensación —decimos así «la rosa roja» o «el cielo azul», en lugar de «veo de un modo rojo a la rosa» o «azul al cielo»—. Quizás la razón de esto sea que las apariencias de un color son tan variadas y cambiantes, que el

lenguaje común las reduce todas ellas al nombre único de un color, atribuido a la cosa que se ve. Esas múltiples apariencias sirven tan sólo como un signo cuyo significado se interpreta según los colores que muestran o que poseen las cosas.

En la siguiente Sección V, intitulada «Una inferencia de lo que precede» (ver 1997; 87-90), Reid sentenciaba que una de las más notables paradojas de la filosofía moderna —esa filosofía que daría inicio con René Descartes—, paradoja que ha sido considerada erróneamente como un gran descubrimiento científico, es en realidad un simple abuso del lenguaje: «*nothing else but an abuse of words*» (1997; 87). La paradoja es la siguiente: hemos creído hasta el momento que los colores de los cuerpos son reales o que son una cualidad objetiva en ellos, pero en verdad son ideas en o de la mente que los experimenta.

Reiteraba Thomas Reid en esta sección que cuando la gente utiliza la palabra «color», no quiere decir con ello una idea de la mente, sino cierta cualidad de los cuerpos y, en efecto, hay una misteriosa y desconocida cualidad o propiedad en ellos a la que el uso de la palabra le conviene perfectamente —decía Reid en su siglo XVIII—. Pudiera afirmarse que la gente no conoce en verdad aquella cualidad a la que llama color, pero sí es muy consciente de su efecto —la apariencia del color—, el cual hace posible que se utilice dicha palabra. Existen bastantes propiedades de los cuerpos que tan sólo son conocidas por sus efectos, los cuales nos permiten nombrar a esas cualidades. La medicina abunda en tales ejemplos: los términos *astringente*, *narcótico*, *epispástico*, *cáustico*, etcétera, permiten calificar a ciertas sustancias por sus meros efectos sobre nuestra humanidad. De esas sustancias se dice que ellas son justo así, porque producen efectos que permiten la utilización de esos términos.

Lo que en realidad sucede, proponía Reid, es que las personas comunes y corrientes (*the vulgar*) hablan de colores en las cosas y los filósofos quieren llamar a aquello mismo *ideas de color*. En rigor, los filósofos encontraron adecuado —de un modo erróneo— dejar sin nombre a esa cualidad llamada por los vulgares «color» y quieren utilizar esta palabra para nombrar lo que propiamente es la apariencia o idea de color. Concluyen, entonces, que los colores no se encuentran en los cuerpos, sino únicamente en las mentes de quienes creen percibirlos. Pero si esto es así, todo el problema radica en el *significado* de la palabra «color». Para los filósofos modernos, «color» significa la apariencia o la idea del color, la cual sería propiamente el efecto de una causa que consiste en cierta cualidad de los cuerpos, llamada por las personas comunes y corrientes, «color».

Ahora bien:

Si es una buena regla pensar con los filósofos, pero hablar con las personas comunes, entonces debiera ser correcto hablar junto con esas personas cuando pensamos como ellas, y no confundirlas con paradojas filosóficas que ya puestas en el lenguaje común, no expresan otra cosa que el sentido común de la humanidad (1997; 88. La traducción de ésta y todas las siguientes citas textuales de Thomas Reid, corre a cargo del autor del presente artículo).

Si se le pregunta a una persona común y corriente qué es el color o que hace que un cuerpo se muestre rojo o blanco, ella no sabrá qué responder. «Dejará esa investigación a los sabios y podrá abrazar cualquier hipótesis al respecto, excepto aquélla de los filósofos modernos, cuando afirman que el color no está en los cuerpos, sino tan sólo en la mente» (1997; 88).

Sin embargo, esta extraña paradoja no ha sido solamente aceptada, sino además acogida como uno de los más grandes descubrimientos de la filosofía moderna, apuntaba Reid. El ingenioso señor Joseph Addison, en su *Spectator* número 413, se refería a ella y la asumía exactamente en tales términos. Addison evocaba el Capítulo Octavo del Segundo Libro del *Ensayo sobre el entendimiento humano*, de John Locke, y remitía a él, para que sus lectores pudiesen documentarse sobre esta teoría de la inexistencia objetiva del color y de las llamadas «cualidades secundarias».

Los señores Locke y Addison, afirmaba Reid, le han dado tanto a la humanidad que uno pudiera sentirse incómodo al diferir de ellos, pero es preciso hacerlo. Locke y otros filósofos modernos tuvieron el mérito de distinguir como nunca antes entre las sensaciones mentales y las cualidades de los cuerpos que motivan esas sensaciones. Al tratar el asunto de las cualidades secundarias, apreciaron que las sensaciones subjetivas y las propiedades objetivas son mucho, muy diferentes entre sí. No existe una similitud, por ejemplo, entre los efluvios físicos que provocan un olor y la sensación misma de olerlos, o entre las vibraciones de un cuerpo sonoro y la sensación de ese sonido específico, o entre la sensación del calor y la constitución física de un cuerpo caliente. Empero, la descubierta *disimilitud* entre propiedades y sensaciones, no autoriza a cuestionar y rechazar —sino todo lo contrario— las propiedades que provocan esas sensaciones que, a manera de signos, nos hablan de las propiedades objetivas de los cuerpos.

Los filósofos de la Antigüedad no captarían la diferencia, la disimilitud entre nuestras sensaciones de la apariencia del color y la cualidad objetiva de los cuerpos que provoca esa apariencia o sensación. Demócrito y Epicuro, apuntaría Reid,

minimizaron nuestras sensaciones del calor, el sonido o el color, señalando que por nuestros sentidos tan sólo ingresan o penetran las propiedades corpóreas en que consisten ellas, y «los peripatéticos», a partir de Aristóteles, afirmarían que la apariencia del color, del calor o los sonidos, son una mera imagen mental de esas mismas propiedades, que realmente existen como parte de la forma sustancial de los objetos. El «sistema peripatético» pensó que las sensaciones de la mente reproducen o semejan (*resemble*) las cualidades de los cuerpos. Únicamente la filosofía moderna haría la distinción entre apariencia y cualidad, y captó la disimilitud entre ambas:

Deseamos, por lo tanto y con placer, hacer justicia a la doctrina de Locke y otros filósofos modernos, con respecto al color y otras cualidades secundarias, y concederles su verdadero mérito, pero también pedimos permiso para censurar el lenguaje con el que expresaron su doctrina (1997; 90).

La cuestión era, pues, si darle el nombre de color a la causa o dárselo al efecto. El común de la gente se lo procura a la causa, pero los filósofos modernos han optado por conferírsele al efecto, y con ello colocaron a la filosofía en clara oposición al sentido común, exponiéndola al ridículo entre las personas sensatas. Si los filósofos hubiesen dado el nombre más bien a la causa, distinguiéndola de la apariencia del color que es presumiblemente su efecto —y debieron haberlo hecho así—, no habrían chocado con el sentido común humano; habrían coincidido con el lenguaje común sin necesidad de complicar las cosas y estarían en mejores condiciones de averiguar en qué consiste propiamente la causa —es decir, lo que en verdad son los colores— de su efecto —la apariencia de los colores mismos—.

Ahora bien, ¿por qué cometieron los filósofos modernos semejante error, se preguntaba Reid? «Locke no era enemigo del sentido común», sentenciaba, y puede suponerse que en este asunto, al igual que en otros, fue seducido «por una hipótesis recibida» («*by some received hypothesis*», 1997; 90). Esta hipótesis sería explorada en la siguiente y última sección sobre el tema de los colores en la *Inquiry* de 1764, la Sección VI, «Que ninguna de nuestras sensaciones son retratos de las cualidades de los cuerpos» (ver 1997; 90-95). Allí comenzaría Reid por explicar que una segunda inferencia de la distinción entre el color y la apariencia del color —la primera inferencia era la falsa paradoja mencionada y sostenida por la filosofía moderna: la tesis de la inexistencia objetiva de los colores— es que los colores, que son realmente una cualidad secundaria en o de los cuerpos, *no* se representan o figuran en nuestra mente con su retrato cabal, con una idea que reproduzca su verdadera imagen en nuestra mente.

Ciertamente, nos relacionamos con el mundo externo a nuestras mentes a través de los sentidos corporales y no hay temática que haya intrigado más a los filósofos que la de esta relación entre la mente y los cuerpos de dicho mundo exterior. Surgió en la historia una hipótesis muy atractiva e influyente para explicar dicha relación: aquella de que «la mente, como un espejo, recibe las imágenes de las cosas desde fuera, por medio de los sentidos, de manera tal que el uso de éstos ha de consistir en conducir dichas imágenes hasta la mente» (Reid 1997; 91). A tales imágenes de las cosas y cualidades externas la filosofía antigua, dominada por los peripatéticos, les procuró el nombre de *formas sensibles o especies sensibles*, mientras que la filosofía moderna, con Locke a la cabeza, les daría el de *ideas de la sensación*. En conjunto, se habla aquí de

la *doctrina* o *sistema de las ideas*, nacido en la Antigüedad, pero influyentísimo en la filosofía moderna.

La consecuencia de la «hipótesis de las ideas» es el señalamiento de que no podemos referirnos a nada real hasta que no lo hayamos convertido antes en una idea de la mente, gracias a los sentidos físicos. O bien, que a cada cosa o cualidad real debiera corresponderle una idea, y a cada idea que tengamos, una impresión sensible. Estas impresiones e ideas —tan claras a la filosofía de David Hume, podría haber dicho aquí Thomas Reid, como sí lo hizo en otros pasajes de su obra—, son concebidas al modo de imágenes especulares y mentales de lo real. Empero, por lo que vamos entendiendo acerca del color y las demás cualidades secundarias, así como de las cualidades primarias de las cosas —la extensión, el movimiento, la figura, etcétera—, es más natural y adecuado proponer que «nuestras sensaciones no son imágenes de la materia o de ninguna de sus cualidades» (Reid 1997; 92). Nuestras sensaciones, como ya se ha dicho, son completamente diferentes a las propiedades de los objetos y esta disimilitud entre sensaciones y cualidades es precisamente uno de los grandes aportes de la filosofía moderna, dominada, sin embargo, por la discutible y muy posiblemente falsa hipótesis de las ideas en cuanto imágenes de lo real.

Thomas Reid explicaba así que durante el reinado antiguo y medieval de la filosofía peripatética, nuestras sensaciones no fueron minuciosamente examinadas. La atención de los filósofos y de los legos se centraría en las cosas significadas por esas sensaciones. Pero como ya se había configurado la hipótesis, doctrina o sistema de las ideas, se asumió que todas las sensaciones que tenemos de las cosas externas equivalen a las formas o las imágenes mentales de dichas cosas externas. René Descartes, por su parte, puso el muy va-

lioso ejemplo de volcar la atención hacia nosotros mismos y examinar nuestras sensaciones. En ello lo secundaron provechosamente filósofos modernos como Malebranche, Locke, Berkeley y Hume. El efecto fundamental de ese escrutinio sería el gradual e importante descubrimiento de la mencionada *disimilitud* entre las sensaciones de nuestras mentes y las cualidades, propiedades o atributos de los cuerpos: una cosa son las características de la constitución de los cuerpos y otra muy diferente, las sensaciones que acompañan a nuestra percepción de los mismos y sus características.

Pero este relevante descubrimiento se unió a la ya antigua hipótesis de las ideas, «y de esta desafortunada unión de opiniones —escribió Reid— [...] han surgido aquellos monstruos de la paradoja y el escepticismo con los que ahora se acusa muy justamente a la filosofía moderna» (1997; 92). Reid pensaba aquí en las propuestas idealistas, escépticas, relativistas y sensualistas de la obra de algunos autores modernos y, sobre todo, de David Hume.

John Locke vería con claridad que las sensaciones que tenemos mediante el gusto, el olfato y el oído, además de las del color, no son retratos (*resemblances*) de algo que haya en realidad en los cuerpos, pero se vio orillado por la recibida y mencionada hipótesis de las ideas, a negar que cualidades de los cuerpos, tales como su color, su temperatura o su sonido, fueran reales. Nótese sin embargo, destacaba Reid, que Locke habló de unas «cualidades secundarias de los cuerpos»:

Este nombre, si no me equivoco, fue de su invención. Seguramente no quería decir que fuesen cualidades secundarias de la mente, (y) en esto parece haber cedido a la autoridad del sentido común, inclusive en oposición a la hipótesis (de las ideas) (Reid 1997; 93).

Debemos concluir, entonces, que *hay o existe algo* en los cuerpos que llamamos su color, su calor o su sonido. Y si esto es así, la hipótesis que concluye lo contrario es falsa. Las apariencias de los colores, lo caliente o lo frío de los cuerpos y también los sonidos específicos que ellos emiten son *signos* de esas propiedades o cualidades que sabemos reales en los objetos, no obstante que ignoremos su naturaleza precisa. Estas cualidades son la causa, y nuestras sensaciones visuales, auditivas o táctiles, sus perceptibles efectos.

El primogénito de la unión entre la hipótesis de las ideas y la disimilitud entre las cualidades objetivas y las sensaciones subjetivas, sugería Reid, fue la inofensiva propuesta de que los colores y las cualidades secundarias «de los cuerpos» son meras sensaciones mentales. Pero después vendría el «sistema de Berkeley», para el que la extensión, la figura, el movimiento e inclusive la tierra, el mar, las casas y nuestros propios cuerpos y los de nuestros seres queridos «no son sino ideas en la mente [...] y no hay nada en la naturaleza, sino mentes e ideas» (Reid 1997; 94). Por último, llegaría el producto más terrible de la mencionada unión. Allí evocaba Thomas Reid a David Hume, sin mencionarlo:

[...] No hay causas ni efectos; no hay sustancias, materiales o espirituales; no hay evidencia ni siquiera en la demostración matemática; no hay libertad ni capacidad activa y nada existe en la naturaleza, sino impresiones e ideas, que siguen unas a las otras, fuera del tiempo y el espacio y sin sujetos. De seguro ninguna época produjo tal sistema de opiniones, deducido justamente y con tal precisión, perspicacia y elegancia, de un principio universalmente aceptado: la hipótesis que hemos mencionado y que es quien ha procreado todas estas opiniones (Reid 1997; 94).

II. El asunto de las cualidades secundarias en los *Ensayos sobre las capacidades intelectuales del hombre*

Veintiún años después de tratar el tema del color y de las cualidades secundarias en su *Inquiry* de 1764, Thomas Reid regresaría a dichas cualidades y a las denominadas «cualidades primarias» en el Capítulo XVII, «De los objetos de la percepción, y primero, de las cualidades primarias y secundarias», correspondiente al Segundo («De las capacidades que tenemos por medio de nuestros sentidos externos») de sus *Essays on the Intellectual Powers of Man*, de 1785 (ver 2002; 200-211). Iniciaría allí explicando que en la Antigüedad, dominada por Aristóteles, no se distinguió entre cualidades primarias y secundarias, pero que a partir de Descartes se les abordaría muy detenidamente, para que se borrara de nuevo la distinción entre ambos tipos de cualidades en las propuestas de Berkeley y Hume. John Locke llamó cualidades primarias de los cuerpos a propiedades tales como la extensión, la figura, el movimiento, la divisibilidad y la dureza o la fluidez, y cualidades secundarias a los sabores, olores, colores, texturas o temperaturas de esos mismos cuerpos. ¿Pero existe una base pertinente para la diferenciación, preguntaba Reid? ¿Qué es aquello que distingue a las cualidades primarias de las secundarias?

Reid contestaba que hay efectivamente una base real para la distinción entre cualidades primarias y secundarias, y es justo la siguiente: nuestros sentidos nos dan una noción directa y clara («*a direct and a distinct notion*», 2002; 201) de las cualidades primarias, y pueden informarnos de aquello que ellas son en sí mismas, mientras que de las cualidades secundarias, en contraste, los sentidos sólo nos procuran

una noción relativa y oscura. Ellos nos informan únicamente acerca de unas cualidades en los cuerpos, las cuales nos afectan de determinada manera, produciendo en nosotros determinadas sensaciones. Pero los sentidos no nos indican directamente lo que son las cualidades secundarias.

Se explicaba más cuidadosamente Thomas Reid de la siguiente manera. Todo humano capaz de reflexión tiene una noción clara y distinta de lo que es la extensión, la divisibilidad, la figura o el movimiento de los cuerpos. La solidez de un cuerpo, por ejemplo, significa que excluye a otros al ocupar determinado espacio. La dureza, la maleabilidad o la fluidez de los objetos físicos significan diferentes grados de cohesión. Algo es fluido cuando no se le puede asir y maleable cuando su cohesión es muy débil. Ignoramos la causa exacta de esta cohesión, pero las cualidades mencionadas nos son perfectamente comprensibles a partir de nuestro sentido del tacto.

En cambio, la noción relativa de una cosa es la de cierta relación que esta cosa tiene con algo más. En ella, una entidad conocida remite a otra desconocida y su vinculación logra expresarse a través de la noción relativa de la cosa desconocida. ¿Cuál es la propiedad de la rosa, por ejemplo, que provoca en mí su olor a rosa? Lo ignoro por completo; tan sólo sé de esa cualidad a través de la sensación específica del «olor a rosas». Tengo, de la cualidad desconocida de la rosa que causa en mí la sensación conocida, una noción relativa. Y ocurre de igual manera con los colores de las cosas o con los sabores de los alimentos; de ellos tan sólo poseemos nociones relativas. Entonces, contamos con nociones directas y muy claras de las cualidades primarias y con nociones relativas o indirectas y oscuras de las cualidades secundarias. Estas cualidades secundarias «son sólo concebidas como la

causa desconocida de o lo que ocasiona ciertas sensaciones con las que estamos bien familiarizados» (Reid 2002; 202).

Es evidente, afirmaba Reid, que las cualidades primarias no son meras sensaciones, pero tampoco estas sensaciones son los retratos o los reflejos especulares (*resemblances*) de dichas cualidades primarias que nos comunican las sensaciones mencionadas. Son perfectamente distinguibles mi percepción de la figura o el movimiento de un cuerpo, de la propia figura y el movimiento del cuerpo. Y lo que veo u oigo de esa figura o de ese movimiento, no son estrictamente lo que la figura y el movimiento son en sí mismos. Así tampoco las cualidades secundarias se retratan en las sensaciones que nos hablan de ellas. Una cosa es el color que percibo en un cuerpo y otra lo que causa en el propio cuerpo mi percepción de ese color. Los filósofos antiguos y muchas personas de hoy, escribiría Reid en 1785, pensaban y piensan erróneamente que existe una *similitud* entre las sensaciones y las cualidades, pero la filosofía moderna nos ha enseñado hoy, con plena razón, que ese es un error vulgar («*a vulgar error*», 2002; 203).

La filosofía ha hecho buenos progresos en su conocimiento de las cualidades secundarias, apuntaba Reid. Ha sido descubierto, por ejemplo, que las sensaciones olfativas están ocasionadas por efluvios emanados de los cuerpos y que los sonidos responden a ciertas vibraciones físicas. Las disposiciones de los cuerpos para reflejar una clase de luz en particular es lo que motiva la sensación de los distintos colores «y todavía existe un amplio campo de descubrimientos en esta materia» (2002; 204). Con esta observación, Reid se anticipaba a algo apuntado en el párrafo inicial del presente artículo: hoy conocemos satisfactoriamente toda una «física de los colores» o el *aspecto objetivo* de los mismos; una física que remite a longitudes de ondas lumínicas o a intervalos de

frecuencia medidos en hercios, los cuales son la causa objetiva de los colores que vemos. Reid todavía no sabía de esto en el siglo XVIII, pero no le hubiese sorprendido en lo absoluto que se averiguara después.

La claridad (*distinctness*) de nuestras nociones de las cualidades primarias conjura las disputas sobre su existencia objetiva o sobre su naturaleza. No existen nociones alternativas y muy diferentes de la extensión, la figura o el movimiento. La naturaleza de estas cualidades, sostenía Thomas Reid, es algo manifiesto a nuestros sentidos. En cambio, con las cualidades secundarias ocurre algo muy diferente. Su naturaleza no se manifiesta a nuestros sentidos e incluso su existencia es materia de discusión. Nuestro tacto nos informa, por ejemplo, que el fuego es extremadamente caliente, pero no nos dice en qué consiste dicho calor tan intenso. Tan sólo sabemos por nuestros sentidos que las cualidades secundarias son presumiblemente las causas de unos efectos muy conocidos: las sensaciones que nos las sugieren.

Es pertinente observar, por otro lado, que las sensaciones referentes a las cualidades secundarias son objeto de nuestra atención, mientras que las referentes a las cualidades primarias, no. Las sensaciones de las cualidades tanto primarias, como secundarias, son las dos *signo* de dichas cualidades primarias y secundarias, pero la noción de una cualidad secundaria se encuentra siempre asociada a la sensación que la cualidad conlleva. Se le da el mismo nombre a la cualidad secundaria y a su sensación, y se las suele confundir como una misma cosa. Hablamos del «olor a o de rosas», del «sonido del violín» o del «sabor a limón». En cambio, nuestra concepción «clara y distinta» de las cualidades primarias hace innecesario que pensemos en las sensaciones que ellas producen en nosotros. Cuando percibimos una cualidad primaria, por

ejemplo, la figura de un cuerpo, la sensación perceptual nos remite inmediatamente a la cualidad misma y no a la sensación que nos la ha comunicado. Sólo nos fijamos en las sensaciones que nos indican cualidades primarias cuando tales sensaciones son muy intensas, es decir, dolorosas o placenteras. Si una persona golpea muy fuerte con su mano un objeto sólido, sentirá dolor y se dará cuenta de la sensación, pero no se le ocurrirá pensar que lo duro del cuerpo es sólo una sensación. Más bien estará convencida de que el cuerpo tiene una cualidad tal que le provocó dolor al golpear fuertemente su mano contra él.

En resumen, las sensaciones correspondientes a las cualidades primarias llevan al pensamiento hacia el objeto externo y desaparecen, se olvidan de manera inmediata. La naturaleza dejó muy claro su carácter de signos y cuando ellas cumplen con esa función, «desaparecen de la escena». En cambio, las sensaciones de cualidades secundarias mueven a pensar en las sensaciones mismas y su carácter de signo es mucho menos claro. Sobre todo, cuando cumplen esa función de signos, dichas sensaciones no son ignoradas tan fácilmente.

Pero, ¿qué opinan las personas comunes y corrientes, así como los filósofos, de las cualidades primarias y secundarias? Reid se preguntaba esto en el presente capítulo XVII de su segundo ensayo sobre las capacidades intelectuales del hombre. La gente común, respondía nuestro filósofo, no distingue entre ambos tipos de cualidades. Ella habla de los dos como de las propiedades que en conjunto poseen los cuerpos: sus dimensiones, su color, su figura espacial, los sonidos que producen, aquello a lo que saben, etcétera. Los legos tienen así una noción bastante clara de las cualidades primarias y otra confusa y vaga, tanto como en general errónea, de las cualidades secundarias, pero conocen muy bien las sensacio-

nes que son signo de éstas últimas y suelen asociarlas a sus misteriosos significados objetivos.

Las personas comunes, entonces, asumen la objetividad de las cualidades secundarias y por ello suelen calificar de absurdo el parecer de los filósofos, según el cual esas cualidades en realidad no existen, sino que son meras sensaciones provocadas por los sentidos corporales o externos. Cada bando compadece al otro, señalaba Reid, porque los filósofos consideran que el vulgo es ignorante e ingenuo al suponer reales a los colores, los olores, los sabores, etcétera, y los comunes piensan que los filósofos se han «vuelto locos» al negar cosas tan evidentes como el color azul del cielo o el sabor dulce del azúcar. Pero sentenciaba al respecto Thomas Reid:

Creo que esta contradicción entre los vulgares y el filósofo es más aparente que real, y que se debe a un abuso del lenguaje de parte del filósofo, así como a nociones poco claras por parte del vulgo. Cuando el filósofo afirma que no hay calor en el fuego, quiere decir que éste no contiene la sensación del calor. Lo que él quiere significar es correcto y los vulgares estarían de acuerdo con él si comprendieran lo que intenta decir. Pero el lenguaje del filósofo es inapropiado, porque realmente hay una cualidad en el fuego, cuyo nombre adecuado es calor, y la palabra calor se le da a dicha cualidad, tanto por los filósofos como por los vulgares, mucho más frecuentemente que a la sensación de calor (2002; 205-206).

El filósofo llama pues calor a la sensación del calor, y las personas comunes y corrientes utilizan esa misma palabra para designar a la cualidad desconocida que produce a la sensación, pero ambos pudieran aclarar el malentendido. Por otra parte, añadía Thomas Reid, retomando una consideración que ya había efectuado dos décadas atrás —aunque con

algunas nuevas notas interesantes—, han ocurrido muchas revoluciones en la forma en que los filósofos comprendieron a las cualidades primarias y secundarias. Una primera aproximación tendría lugar antes de Aristóteles, con la secta llamada de los atomistas, entre los que destacaba Demócrito. En aquellos tiempos, las cualidades primarias ni siquiera fueron señaladas, por asimilárselas a la naturaleza de la materia. De las cualidades secundarias, se diría que ellas no están propiamente en los objetos, ya que son el resultado de la operación de estos cuerpos sobre los sentidos físicos de los seres humanos. Por ejemplo, las flores carecen de olor; su constitución hace que los humanos experimentemos olores con ellas, cuando captamos esa constitución con nuestro sentido del olfato.

Resulta claro que cuando el ser humano comenzó a investigar las cualidades primarias y secundarias, las primeras se le hicieron tan manifiestas que no dudaría en su realidad, mientras que las segundas se le mostraron tan oscuras, que no supo dónde ubicarlas, si en los cuerpos mismos o en las sensaciones subjetivas vinculadas a ellos.

Aristóteles se opondría a la doctrina de los atomistas, y creyó que el sabor o los colores eran parte de la forma de las cosas, por lo que sus especies, al igual que las de la figura o el movimiento de esos cuerpos, tan sólo eran «recibidas» mediante los sentidos. Al pensar que los colores, olores o sabores son propiamente reales, Aristóteles procedió del mismo modo que las personas comunes, «pero al creer que nuestras sensaciones del gusto y el color son las formas o especies de aquellas cualidades recibidas por los sentidos, siguió su propia teoría, que era una ficción absurda» (Reid 2002; 206-207). Y esa ficción no era ya otra que la teoría o doctrina de las ideas.

En su momento, Descartes no sólo mostró el absurdo de las aristotélicas especies recibidas por los sentidos, sentenció Reid, sino que proporcionaría la más justa e inteligible explicación de las cualidades secundarias que se había dado hasta entonces. John Locke lo siguió en ello e inclusive fue quien acuñó el término de «cualidades secundarias». Él distinguiría entre la sensación que es el efecto y la cualidad que es la causa, y observó que no había ninguna similitud entre ambas, sensación y cualidad. La sensación es real, no engañosa. La cualidad asimismo es real, pero su naturaleza no queda manifiesta durante la percepción. La confusión usual entre sensación y cualidad «se debe a un juicio aventurado (*rash judgment*) o a un mal entendimiento, pero no a un falso testimonio de nuestros sentidos» (Reid 2002; 207).

Considero que esta descripción de las cualidades secundarias es muy justa y que si el señor Locke se hubiese detenido aquí, habría dejado la temática muy clara. Pero él pensó necesario introducir la teoría de las ideas para explicar la distinción entre cualidades primarias y secundarias, y de esa manera, me parece, complicó y oscureció la temática (Reid 2002; 207).

Locke concluiría, por cierto que de manera muy confusa —afirmaba Reid—, que nuestras ideas de las cualidades primarias son retratos o copias (*resemblances or copies*) de dichas cualidades, y las ideas de las cualidades secundarias no retratan o copian ningunas cualidades. Al proponer esto, Locke daría visos de no prestar suficiente atención a las sensaciones, tanto de las cualidades primarias, como de las secundarias. Él entendió muy bien, en principio, a las cualidades secundarias como propiedades que suscitan en nosotros sensaciones que no se parecen a esas cualidades y que nos dan una noción

relativa de ellas. Ofrecería, por lo tanto, una buena descripción inicial de dichas cualidades, «pero al aplicarles la teoría de las ideas, (fue) impelido a decir cosas que oscurecieron la materia y que no soportan examen» (Reid 2002; 210).

El Obispo Berkeley adoptaría las opiniones comunes a los filósofos sobre las ideas que tenemos gracias a los sentidos, diciendo que ellas son meras sensaciones, pero apreció con suma claridad ciertas consecuencias necesarias de esta doctrina: que no sólo no existen las cualidades secundarias, sino tampoco las primarias y, en general, tampoco el mundo material. No existe tampoco fundamento alguno para distinguir entre los dos tipos de cualidades.

De esta relación de las diversas revoluciones con respecto a las cualidades primarias y secundarias por parte de los filósofos, quedaba en claro que la oscuridad, la confusión y los posibles errores en los que han incurrido esos filósofos se deben a «la dificultad para distinguir claramente a la sensación de la percepción; aquello que sentimos, de aquello que percibimos» (Reid 2002; 210). Y es que los sentidos externos nos permiten percibir, pero también nos hacen sentir. Ellos nos procuran una variedad de sensaciones, además de una concepción y una creencia irresistible en la existencia objetiva y real de los objetos externos a nuestra mente. La percepción y sus sensaciones correspondientes se producen al mismo tiempo, por lo que las confundimos en nuestra vida diaria. Las consideramos como una misma cosa, les damos un mismo nombre—generalmente el del sensación— y pensamos que los atributos de una son también los de la otra. En conclusión:

El progreso hecho en el justo análisis de las operaciones de nuestros sentidos ha sido muy lento. La hipótesis de las ideas, tan generalmente aceptada, ha retrasado enormemente, según entiendo,

ese progreso, y podremos esperar un avance más rápido sólo si los filósofos llegan a ser tan humildes como para creer, en cada rama de la filosofía natural, que los productos del ingenio y de las conjeturas humanas necesitan ser depurados, y que el único metal puro que resistirá la prueba será el que se descubra mediante la paciente observación y la escueta inducción (*chaste induction*) (2002; 211).

III. Tres consideraciones finales en torno al tratamiento reidiano de los colores

La aproximación de Thomas Reid al tema de los colores y las denominadas «cualidades secundarias», concretada en sus dos grandes libros epistemológicos de 1764 y 1785, ha sido muy estudiada y por lo general ampliamente reivindicada por una reciente y no escasa literatura especializada, contenida principalmente en las revistas académicas escocesas *Reid Studies* —editada entre 1998 y 2002— y *Journal Scottish of Philosophy* —que se publica desde 2003 hasta la fecha—, así como en volúmenes dedicados a la filosofía de Thomas Reid —por ejemplo, los de Keith Lehrer, Nicholas Wolterstorff o Ryan Nichols—, lo cual se menciona en la bibliografía final de este artículo. Desde luego, toda esta bibliografía y, sobre todo, los dos escritos aquí considerados del propio Reid, permiten establecer quizás las siguientes tres conclusiones con respecto al acercamiento «sensocomunista» de este ilustrado escocés a la temática revisada en la presente comunicación:

1. Thomas Reid atisbó en pleno siglo xviii la consideración efectuada al principio de este artículo. En nuestro siglo xxi, las personas mínimamente cultivadas tienen noticia de que el asunto de los colores implica tanto un aspecto objetivo, referente a lo que es posible llamar una «física de los colores»,

como un aspecto subjetivo que se relaciona con la percepción sensorial o visual de los colores de los objetos. Reid viviría y escribiría en tiempos todavía alejados de la hoy sofisticada «física de los colores», pero aludió con perspicacia y sensatez su existencia y de seguro no se sorprendería y de hecho, se congratularía de los frutos de la investigación ulterior al respecto. En cambio, sus observaciones sobre la percepción de los colores aún sorprenden por la riqueza y claridad que revelan, continúan teniendo bastante qué enseñarles a los estudiosos actuales de la materia y dejan perfectamente en claro que no sólo no descuidó Reid el aspecto subjetivo del color, sino que él es propiamente uno de sus más notables estudiosos históricos. Sin embargo, en Thomas Reid destaca nítidamente ese equilibrio que concede la actualidad a los aspectos objetivo y subjetivo del color. Él se pronunció en contra, o bien remó a contracorriente de la tendencia filosófica dominante en sus días —patente en las propuestas de David Hume, George Berkeley, Joseph Addison o el propio y viejo John Locke—, que buscaba concederle una importancia inmensa al aspecto subjetivo de los colores, al grado de liquidar el aspecto objetivo de los mismos. Thomas Reid y «su» John Locke, considerado aparte de la influyente «teoría o hipótesis de las ideas», tenían, presumiblemente, razón frente a los subjetivistas —e idealistas en el ámbito epistemológico— «filósofos modernos», en la humilde opinión del presente artículo.

2. Reid aprovecharía el tema de los colores y de las denominadas cualidades secundarias y las primarias —entre algunos otros, como el de la propia percepción sensorial—, para identificar, denunciar y criticar el idealismo característico de la filosofía moderna, o aquella posterior a René Descartes. Este idealismo provenía de la casi universalmente aceptada

«hipótesis o doctrina de las ideas» —no secundada por él y sus más aguzados colegas y seguidores «sensocomunistas» de la Escuela Escocesa, como Dugald Stewart o Sir William Hamilton—, según la cual nuestros contenidos mentales, nuestras llamadas «ideas», son en rigor representaciones —y asimismo representantes, inclusive más legítimas que sus propios y supuestos «originales»—, de las cosas o entidades supuestamente objetivas, a modo de copias, retratos o imágenes fieles o infieles de dichas entidades o cosas, y no más bien o en lugar de ello, simples nociones alusivas a éstas, que en rigor se las figuran —más que «representárselas»— de alguna manera. El antirrepresentacionismo o nocionismo reidiano vería en el representacionismo de los filósofos modernos, de Descartes a Hume —y extendido hasta Kant, Marx o Husserl—, el origen de un idealismo que dejaba de aceptar la tesis realista de que el mundo o la realidad es como es, para mejor proponer, muy discutiblemente, que el mundo o la realidad es como se la entiende, mediante las «ideas». Pero para Reid el mundo no es como lo entendemos: el mundo es como es y tan sólo lo concebimos de distintas maneras, algunas mejores y otras peores, justo como ocurriría ya con el modo habitual moderno de comprender a los colores, en tanto que simples ideas o sensaciones mentales y no enigmáticas cualidades «secundarias» de los objetos, que provocan en nuestros órganos de la visión unas sensaciones o «apariencias del color». Sin embargo, el representacionismo característico de los modernos no fue invención de ellos mismos, sino, muy irónicamente, de los filósofos antiguos —y entre ellos, el gran Aristóteles— quienes no lo llevaron hasta el idealismo, pues los «peripatéticos» antiguos y medievales sostendrían que el mundo no es como se lo entiende, sino que precisamente es como es, y tan sólo se lo comprende de

peores o de mejores maneras. Pero si el representacionismo nació en la Antigüedad y cundió poderosamente en la filosofía moderna, entonces...

3. La investigación de realidades naturales tales como la percepción de los colores sólo avanzará lenta y esforzadamente, sin que todo lo que se haya dicho sobre la materia desde la filosofía moderna resulte impecable, ni todo lo que se retome de la filosofía antigua parezca deleznable. Los buenos aportes no son privilegio exclusivo de una época de la filosofía —o inclusive de la ciencia—. En la filosofía antigua y en la moderna abundaron propuestas que expresaban bastante bien ciertas mejores nociones sobre la cuestión del color. Los filósofos modernos, a partir y en especial de John Locke, hicieron aquella magnífica contribución de la disimilitud entre las sensaciones subjetivas y las cualidades objetivas, pero cometerían el error de dejarse convencer por la «hipótesis de las ideas», que apareció casi inadvertidamente desde la Antigüedad, si bien esta hipótesis no conduciría a los filósofos clásicos a disociarse del sentido común y de su realismo epistemológico, fundamental para una cabal investigación de los aspectos objetivo y subjetivo de los colores de las cosas. No solamente John Locke, sino además Aristóteles, según Thomas Reid, fueron «amigos del sentido común», algo que ya no ocurriría con «Mister David Hume», por ejemplo. Apoyados en los primeros principios del sentido común, que nos indican que todo cuanto percibimos con claridad es real, o bien que todas las cosas deben tener una causa que las haya producido, o bien que la verdad y el error

son convincentemente discernibles, tendremos que proceder con esa «escueta inducción» que nos aclarará poco a poco la naturaleza de los colores de las cosas y del universo entero en el que los seres humanos nos hallamos situados, al parecer para vivir lo más digna y felizmente posible, conforme a las capacidades intelectuales y activas que nos caracterizan como especie.

BIBLIOGRAFÍA

- Bary, Philip de. (1998). «An Alleged Inconsistency in Reid's Theory of Perception». *Reid Studies. An International Review of Scottish Philosophy* 1 (2) Otoño; 43-48.
- Benbaji, Hagit. (1999). «Reid's View of Aesthetic and Secondary Qualities». *Reid Studies. An International Review of Scottish Philosophy* 2 (2) Primavera; 31-46.
- Broadie, Alexander. (2009). *A History of Scottish Philosophy*. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Cleve, James van. (2004). «Reid's Theory of Perception». En: Cuneo, T., van Woudenberg, R. (eds). *The Cambridge Companion to Thomas Reid*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Falkenstein, Lorne. (2004). «Reid and Smith on Vision». *Journal of Scottish Philosophy* 2 (2) Otoño; 103-118.
- Hernández Prado, José. (2010). *Thomas Reid*. México: Universidad Autónoma Metropolitana.
- Lehrer, Keith. (1989). *Thomas Reid*. Londres y Nueva York: Routledge.
- McDermid, Douglas. (2001). «The Sensation/Perception Distinction in Reid and Schopenhauer». *Reid Studies. An International Review of Scottish Philosophy* 2 (4) Primavera; 3-18.

- McKittrick, Jennifer. (2002). «Reid's Foundation for the Primary/Secondary Quality Distinction». *The Philosophical Quarterly* 259 (52) Octubre; 478-494.
- Nichols, Ryan. (2007). *Thomas Reid's Theory of Perception*. Oxford: Oxford University Press.
- Pitson, Tony. (2001). «Reid on Primary and Secondary Qualities». *Reid Studies. An International Review of Scottish Philosophy* 1 (5) Otoño; 17-34.
- Reid, Thomas. (2002), *Essays on the Intellectual Powers of Man. A Critical Edition*. Editado por Derek R. Brookes. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press.
- Reid, Thomas. (1997). *An Inquiry into the Human Mind on the Principles of Common Sense. A Critical Edition*. Editado por Derek R. Brookes. Edimburgo: Edinburgh University Press.
- Wikipedia. (2009a). «Color». En: <http://en.wikipedia.org/wiki/Colours>.
- Wikipedia. (2009b). «Color». En: <http://es.wikipedia.org/wiki/Color>.
- Wolterstorff, Nicholas. (2001). *Thomas Reid and the Story of Epistemology*. Cambridge, UK: Cambridge University Press.
- Wolterstorff, Nicholas. (2000). «Thomas Reid's Account of the Objectivated Character of Perception». *Reid Studies. An International Review of Scottish Philosophy* 1 (4) Otoño; 3-16.
- Woudenbergh, René van. (2000). «Perceptual Relativism, Scepticism, and Thomas Reid». *Reid Studies. An International Review of Scottish Philosophy* 2 (3) Primavera; 65-86.
- Yaffe, Gideon. (2003). «Reid on the Perception of Visible Figure». *Journal of Scottish Philosophy* 2 (1) Otoño; 103-116.

RESUMEN

Este artículo presenta y comenta las consideraciones que Thomas Reid (1710-1796), principal exponente de la Escuela Escocesa del Sentido Común, hizo en torno al tema de los colores y de las «cualidades primarias» y «secundarias» en sus obras epistemológicas principales —*An Inquiry into the Human Mind on the Principles of Common Sense*, de 1764, y *Essays on the Intellectual Powers of Man*, de 1785—, y persigue mostrar que tales consideraciones fueron visionarias, muy críticas de la tendencia idealista de la filosofía moderna y, sobre todo, sensatas.

Palabras clave: colores; cualidades primarias y secundarias; Thomas Reid; sentido común; crítica del idealismo.

ABSTRACT

This paper shows and comments those remarks that Thomas Reid (1710-1796), the main exponent of the Scottish School of Common Sense, made about the subject of colors and «primary and secondary qualities» in his epistemological works, *An Inquiry into the Human Mind on the Principles of Common Sense* (1764) and *Essays on the Intellectual Powers of Man* (1785). The author also suggests that Reid's theory of color is sensible, visionary and highly critical of the Idealistic tendencies of Modern Philosophy.

Key words: colors; Primary and Secondary Qualities; Thomas Reid; Common Sense; Refutation of idealism.

